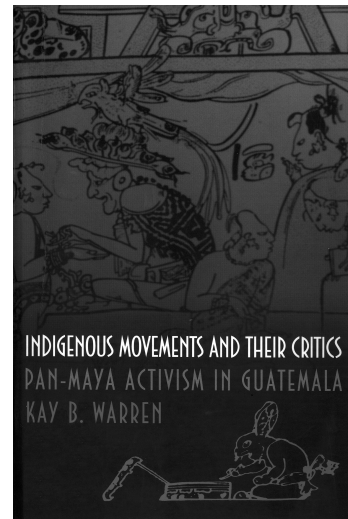
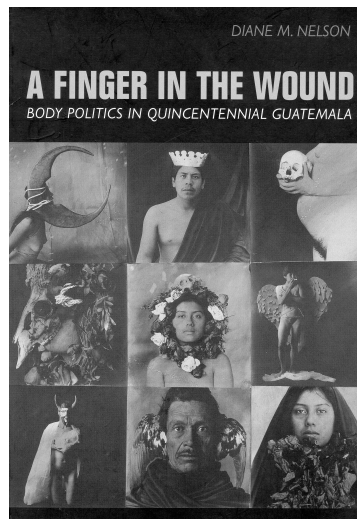


FORO


Luchas mayas a través del tiempo y el espacio





Greg Grandin, *The Blood of Guatemala: A History of Race and Nation, 1750–1954* (Durham, North Carolina: Duke University Press, 2000).

Diane M. Nelson, *A Finger in the Wound: Body Politics in Quincentennial Guatemala* (Berkeley: University of California Press, 1999).

Kay B. Warren, *Indigenous Movements and Their Critics: Pan-Maya Activism in Guatemala* (Princeton, New Jersey: Princeton University Press, 1998).



Durante la reunión de la American Anthropological Association en San Francisco en el año 2000, Carlota McAllister organizó un panel para hablar de los libros de Diane M. Nelson, *A Finger in the Wound*, y de Greg Grandin, *The Blood of Guatemala*. En aquel entonces, Irma Alicia Velásquez Nimatuj y Carol A. Smith criticaron dichas obras ante la presencia de sus autores, permitiéndoles así que respondieran a sus comentarios, a lo que McAllister misma agregó sus propias observaciones.



Debido a que muchos de los puntos debatidos también se relacionaron con el tema del activismo maya que Kay B. Warren examina en su obra *Indigenous Movements and Their Critics*, decidimos promover el foro que enseguida presentamos, contando con la participación de las seis personas arriba mencionadas. Incluimos así los comentarios de Velásquez Nimatuj y de Smith, seguidos de las respuestas de Grandin, Nelson y Warren y concluyendo con las observaciones de McAllister. Las tres obras que aquí se analizan serán publicadas en español en un futuro cercano, lo que permitirá abundar la participación de los grupos involucrados en los debates de actualidad sobre la cultura e identidad maya en Guatemala.



IRMA ALICIA VELÁSQUEZ NIMATUJ*

Entre el cuerpo y la sangre de Guatemala

Los comentarios que aquí expongo se refieren a dos libros cuyo principal eje de análisis es el pueblo maya de Guatemala. El primero, *A Finger in the Wound: Body Politics in Quincentennial Guatemala*, de Diane M. Nelson, fue escrito desde una perspectiva antropológica;¹ el segundo, *The Blood of Guatemala: A History of Race and Nation, 1750–1954*, de Greg Grandin, fue escrito desde una óptica histórica.² He comentado en forma más amplia respecto a los aportes teóricos y empíricos de estas investigaciones.³ Sin embargo, con el interés de provocar debate, en este trabajo enumeraré los aportes y me concentraré en las críticas e implicaciones políticas de los dos estudios, para finalizar con una breve conclusión sobre ambas publicaciones.

El trabajo de Nelson es un estudio que aborda a Guatemala antes y después de la celebración del Quinto Centenario en 1992. Usando un acercamiento postestructuralista y a través de la metáfora de un cuerpo herido, Nelson analiza la identidad étnica de los mayas y ladinos, las luchas legales de las organizaciones mayas culturalistas en un país racista y el mito del mestizaje, entre otros temas que están

* Irma Alicia Velásquez Nimatuj (maya k'ichee' guatemalteca) es candidata doctoral en Antropología Social en la Universidad de Texas en Austin y realiza investigaciones en tres comunidades mames de los departamentos de Retalhuleu y San Marcos, Guatemala, sobre la política agraria estatal y su impacto en la vida cotidiana. Se especializa en Mesoamérica, los pueblos indígenas, las luchas agrarias y la resistencia histórica. Su dirección de correo electrónico es littlewolf@terra.com.

¹ La versión en español se publicará próximamente bajo el título *Un dedo en la llaga: cuerpos políticos en la Guatemala del Quinto Centenario*.

² La edición en español de próxima publicación llevará el título *La sangre de Guatemala: raza y nación en Quetzaltenango, 1750–1954*.

³ Ponencias presentadas en 2000 en la Universidad de Texas en Austin y en la conferencia anual de la American Anthropology Association en San Francisco, California.

unidos a la política y al Estado de Guatemala. El segundo estudio examina dos siglos de la historia de la elite k'ichee' de la ciudad de Quetzaltenango, la segunda en importancia del país. Grandin indaga cronológicamente las raíces económicas, políticas, sociales y las alianzas de la clase media k'ichee'. De importancia es su análisis del activo pero contradictorio rol que esta clase indígena ha jugado a través de la historia política del país. Los dos libros buscan analizar eventos históricos y ofrecer una interpretación original de las formaciones sociales de raza, género, nación y sexualidad, así como del rol del Estado y de los enfrentamientos históricos entre mayas y ladinos en diferentes escenarios.

Algunos de los aportes de *A Finger in the Wound* incluyen sus acertadas críticas sobre la reducción de la realidad guatemalteca por algunos investigadores e instituciones a simples binarios como tradición/modernidad, capitalismo/socialismo, mayas/ladinos. Es iluminativo su análisis sobre las diversas dimensiones racistas que han sido claves en la construcción de la identidad ladina y criolla; es sobresaliente su crítica sobre la opresión que enfrenta la mujer maya; y, finalmente, valiente es la forma en que la autora se posesiona y reconoce los privilegios que ella posee como una "gringa" educada que estudia y analiza el Tercer Mundo (pág. 41).

Respecto a las críticas que este trabajo me provoca, iniciaré planteando que el libro, como Nelson indica, enfatiza en el activismo maya de derechos culturales y cómo ese activismo cultural maya utiliza los pocos espacios que el Estado deja abiertos para avanzar en luchas como la legalización de la Academia de las Lenguas Mayas (ALMG) (pág. 129), la ratificación del Convenio 169 (pág. 283) y el nombramiento del profesional maya-k'ichee' Alfredo Tay Coyoy como ministro de Educación en 1993 (pág. 121). Con estos ejemplos específicos, Nelson muestra cómo el Estado está cada vez más comprometido en los proyectos mayas y cómo el Estado se ha convertido en un espacio de lucha.

Interesantemente, esta propuesta desafía la noción tradicional de que el Estado está siempre en contra de los mayas y muestra, a la vez, los roles contradictorios del Estado racista guatemalteco. Sin embargo, al mismo tiempo que Nelson reconoce y valora estas luchas, cae en la trampa de romantizar el activismo cultural maya, lo que provoca que se marginalice al 90% de los mayas pobres, quienes viven social y políticamente excluidos. Ante este escenario, las preguntas que me surgen son: ¿por qué la autora sobredimensiona a un grupo reducido de intelectuales mayas? y, dados los niveles de exclusión y de pobreza en los que viven la mayoría de mayas, ¿hasta dónde pueden los *Maya hackers* (pág. 245) ayudar a resolver esas desigualdades?⁴

⁴ Véase el séptimo capítulo del libro, titulado "Maya-Hackers and the Cyberspatialized Nation-State: Modernity, Ethnostalgia, and a Lizard Queen in Guatemala".

Actualmente, la representación política maya dentro del Estado significa poco dada la historia reciente del país y las acciones concretas de quienes nos gobiernan. Por eso, la presencia maya en el Estado no sólo debe de implicar un espacio de representación política sino que, además, la principal responsabilidad de los líderes mayas debe ser la defensa real de los intereses de las mayorías mayas. Demetrio Cojtí Cuxil, un *hacker* (persona técnicamente versada) maya según Nelson, fue viceministro de Educación durante el gobierno del Frente Republicano Guatemalteco (FRG), cuyo principal líder y caudillo, el general Efraín Ríos Montt, es responsable de las masacres ocurridas en pueblos mayas en 1982.⁵

Ante este complejo escenario, para muchos mayas rurales Cojtí Cuxil podría no representarlos. En entrevistas que realicé durante el verano del año 2000, un alto porcentaje de mayas rurales así lo expresaron, y la opinión de uno de ellos resume ese sentimiento: “si la situación educativa de mi pueblo no cambia, entonces para mí no es importante que en el gobierno esté un maya como viceministro”.⁶ Un sector de mayas esta consciente de las limitaciones de las luchas de las organizaciones culturalistas y, por esta razón, opta por participar en las luchas de otras organizaciones que son consideradas parte del movimiento popular maya.

Por lo anterior, encuentro que una de las debilidades del libro de Nelson es la falta de un análisis del movimiento maya no sólo popular sino de la complejidad del movimiento en general, ese que ha mantenido su lucha buscando mejoras que implican equidad en la vida material, económica y cultural de los mayas. Entre las demandas de este movimiento se encuentran las del acceso a tierra cultivable, a un salario digno que les permita cubrir sus necesidades básicas, transformaciones jurídicas, la creación de una política agraria y la eliminación de las estructuras racistas, entre otras que implican transformar estructuralmente el Estado. Otra debilidad es que, a pesar de que Nelson dijo que “Este libro trata principalmente de las organizaciones de derechos culturales... [y] se centra primordialmente en los profesionales mayas” (pág. 33), la autora no analiza las limitaciones y las debilidades que ese énfasis puede tener frente a una extrema y mayoritaria desigualdad económica maya que actualmente está rompiendo la mínima capacidad de sobrevivencia de este pueblo indígena.

Agrego como otra debilidad que, en muchas partes del libro, implícitamente se hace referencia al movimiento maya como un todo. Esta implicación podría ser cierta para los lectores que no conocen las complejidades del pueblo maya de Gua-

⁵ Véase las Conclusiones y Recomendaciones del Informe de la Comisión de la Verdad de 1999, en Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala, Informe Proyecto Interdiocesano de Recuperación de la Memoria Histórica, *Guatemala: nunca más*, 4 tomos (Guatemala: ODHAG, 1998–1999).

⁶ Entrevista realizada en el verano de 2000 en el departamento de San Marcos a uno de los líderes de una comunidad mam.

temala. En algunos momentos el libro va aún más allá y argumenta que el sector maya cultural es el sector más dinámico e importante. Y aunque hay que reconocer que para construir la arena política actual fue clave el aporte de organizaciones como el Centro de Documentación e Investigación Maya (CEDIM) y la editorial Cholsamaj, ese proceso no se generó sólo desde las organizaciones culturales sino también desde las acciones de rebelión en contra del Estado que se realizaron desde las bases mayas durante el conflicto armado. Esto me lleva a preguntar ¿por qué Nelson se concentra exclusivamente en el movimiento cultural maya?, ¿qué deja fuera este enfoque, que puede ser importante para entender la resistencia maya desde una perspectiva histórica amplia? y ¿podría concluirse que su énfasis en el activismo cultural, en los técnicamente versados en computadoras y profesionales mayas sólo reproduce un tipo de elitismo académico?

Coincido en que la metáfora de un cuerpo herido, utilizada por la autora, es ilustrativa para mostrar la violencia vivida por los guatemaltecos durante el conflicto armado de 36 años. Esta violencia incluye la desaparición total por el ejército de más de 444 pueblos; más de 250 mil hombres, mujeres, niños y ancianos fueron asesinados; el número real de desaparecidos aún no se conoce; un millón de personas, la mayoría mayas, dejaron el país y se refugiaron en México, Estados Unidos y Canadá, entre otros países. Miles de ellos jamás retornarán. De acuerdo a las Conclusiones y Recomendaciones de la Comisión del Esclarecimiento Histórico, el 83% de las víctimas de la confrontación armada fueron mayas y el 17% ladinos. El ejército fue encontrado responsable del 85% de las violaciones a los Derechos Humanos y la guerrilla del 3%. Y repito, aunque la metáfora de Nelson es útil, encuentro contradictorio que a través del libro —excepto en una mínima parte de la introducción— ella otorgue una importancia marginal a los conflictos sociales y a las etapas de decadencia que desembocaron en un genocidio contra el pueblo maya.

El uso de la metáfora del cuerpo herido resulta contradictorio, precisamente porque no se habla acerca de las causas que provocaron las heridas o de las razones por las cuales las heridas aún están sangrando. Comparto que la violencia no se materializa sólo en asesinatos, masacres, ejecuciones extrajudiciales y desapariciones forzosas, entre otros. Pero ¿es acaso posible entender un país y sus luchas culturales evitando el análisis de uno de los períodos más violentos de su historia reciente? ¿o evitar el análisis de los principales actores de esa etapa como los militares, la CIA o las elites económicas del país?

Uno de los argumentos de Nelson es que:

ni el estado ni el capital transnacional son poderes monolíticos que siempre logran lo que quieren; que el poder opera en espacios interconectados de múltiples territorialidades, con frecuencia a través de fronteras que sangran; y que las identificaciones étnicas, nacionales y de género se producen a través de relaciones siempre contingentes y mutuamente constitutivas (pág. 40).

Como antropóloga social comparto que las fronteras del poder no son claras pero no comparto el argumento de que el Estado, y principalmente el capital transnacional, no siempre obtienen lo que quieren. Esta propuesta, desde mi perspectiva como indígena del llamado “Tercer Mundo”, es un tanto inocente o utópica porque en Guatemala y en muchos países similares el capital transnacional y el Estado obtienen casi siempre lo que quieren. Y aunque el Estado es un lugar de lucha y desafío, no hay que olvidar que las luchas indígenas desde el Estado tienen límites. Y en posición contraria a Nelson, yo sí considero que los límites que el Estado impone a los indígenas que están dentro son enormes. Los resultados están a la vista.

Planteo un argumento similar cuando la autora se refiere al capital nacional, al Fondo Monetario Internacional (FMI), al Banco Mundial (BM) y los capitalistas extranjeros quienes, según Nelson, la mayoría de las veces no obtienen lo que quieren, pero en Guatemala, insisto, sí adquieren lo que desean la mayoría de las veces, aunque eso implique la agresión y la destrucción de instituciones democráticas y, por supuesto, en alianzas con las elites económicas y culturales del país, a quienes no hay que restarles responsabilidad.

Hoy en día el BM y el FMI no apoyan un genocidio cultural o físico contra los pueblos indígenas de Guatemala pero tampoco promueven transformaciones económicas estructurales que beneficien a todos los mayas o por lo menos a las mayorías. Estas instituciones apoyan una versión ligera del multiculturalismo liberal que responde a los intereses de una pequeña dirigencia y clase media indígena. Y estas políticas de coacción y cooptación Nelson no las contempló.

Otra limitante del libro es que reduce la resistencia maya a espacios del Estado. Utilizando las teorías de Michel Foucault, Nelson argumenta que “el Estado es el único espacio real para la lucha política y la discusión” (pág. 102). Si bien la propuesta de Foucault ayuda a visualizar que el poder del Estado está esparcido y no concentrado, aun así yo no creo que en Guatemala cada espacio político esté dado por el Estado. En Guatemala, al igual que en regiones indígenas del Ecuador, Bolivia, el sur de México y Perú, la presencia del Estado es sumamente débil. Muchas de las luchas sociales en áreas rurales son realizadas al margen del control del Estado.

Mi última crítica se concentra coincidentemente en el último capítulo del libro, titulado “Global Biopolitical Economy: Prosthetics and Blood Politics”, que pareciera no estar conectado con el resto del trabajo. Claro que es importante incluir una discusión de Guatemala y de la economía global, pero ¿por qué hablar sobre el postfordismo y del ajuste estructural del país cuando no se aborda el movimiento popular maya? (pág. 355). Como yo entiendo, es precisamente esta ala del movimiento la que está interesada en las transformaciones de la política económica de Guatemala y del movimiento de la economía global, así como de la lucha cultural. Un ejemplo de esta combinación compleja de demandas económicas y culturales es la Coordinadora Nacional Indígena y Campesina (CONIC), fundada en 1992. Para CONIC, como para el resto de organizaciones mayas que luchan por

derechos a recursos materiales, salarios justos, acceso a tierra cultivable, acceso a educación, justicia, negociación colectiva y trabajo son los ejes claves de su lucha y se ubican dentro de las demandas por transformaciones económicas.

Resumiendo, una de las contribuciones de la investigación de Nelson es mostrar cómo el activismo cultural maya ha abierto espacios para enfrentar la opresión racial y cómo parte de sus logros fue alcanzar un reconocimiento histórico a través del Acuerdo de Identidad y Derechos de los Pueblos Indígenas, firmado en 1995, el cual está ligado al Acuerdo de Paz Firme y Duradera de 1996. Sólo concluyo que los análisis son más iluminativos cuando reflejan que las luchas por derechos culturales y en contra de la opresión racial están conectadas con las demandas socioeconómicas. Éstas no están separadas. Por eso, si bien son loables los logros del activismo cultural maya, éstos no han socavado los andamiajes de la opresión racial, de la pobreza y del hambre que la mayoría de los mayas pobres enfrentan debido a una crisis económica que no termina de tocar fondo.

En los últimos años hemos sido testigos del debilitamiento del Movimiento Popular y Cultural Maya, no sólo como categorías analíticas porque el Pueblo Maya es más complejo, sino a través de las crisis de legitimidad y de representación, al punto que instituciones como la Coordinación de Organizaciones del Pueblo Maya de Guatemala (COPMAGUA) no se recuperan, mientras que otras organizaciones mayas reconocen que han perdido el apoyo de sus bases y algunos aceptan que deben regresar a ellas para empezar a atender las necesidades reales de los mayas rurales. Además, aunque lentamente, la mayoría de sectores e instituciones nacionales y extranjeras están empezando a reconocer que el Movimiento Maya no puede limitarse a las organizaciones que están establecidas en la capital. Entender a mayas urbanos implica entender a mayas rurales y, aunque existen diferencias, muchas demandas coinciden. Quizás reconociendo la complejidad y lo entretreído de las luchas y las demandas indígenas podrá entonces atenderse las prioridades y dejará de sangrar el cuerpo herido de Guatemala.

* * *

Respecto al libro de Greg Grandin, *The Blood of Guatemala*, empezaré enumerando sus fortalezas. Primero, éste es el primer libro escrito específicamente acerca de la elite k'ichee' de Quetzaltenango. Segundo, a través de sus ocho capítulos se demuestra la agencia social, política y económica de los k'ichee's. Tercero, muestra cómo a un nivel local, regional y nacional los k'ichee's fueron capaces de desafiar los binarios de etnicidad versus nación al proponer un nacionalismo alternativo al de los ladinos. Cuarto, muestra que el compartir raíces étnicas no garantiza que se compartan luchas en común. Y finalmente señala cómo la elite k'ichee' ha estado en constante negociación durante 200 años con el poder colonial, conservador y liberal, y cómo estos procesos de negociación la han colocado muchas veces en contra de los intereses de las mayorías indígenas.

En cuanto a las críticas, encuentro que Grandin se refiere superficialmente a la fragmentación de la clase media k'ichee', que ocurrió en 1954. Según él, la clase media no tenía interés en apoyar el mejoramiento de las condiciones socioeconómicas de los k'ichee's rurales a través de la Reforma Agraria de 1944, porque significaba perder las pocas tierras municipales que les quedaban y que eran controladas por ellos. Esto explica, según el autor, por qué se afiliaron a grupos anticomunistas en 1954. No hay duda que un sector de esta clase media estaba opuesto a la reforma agraria del gobierno de Jacobo Arbenz, pero otro sector de esa misma clase sí la apoyaba. Por ejemplo, el abogado Augusto Sac Recancoj, electo miembro de la Asamblea Nacional Constituyente de 1945, previamente fue un líder estudiantil que se opuso a la dictadura de Jorge Ubico y apoyó abiertamente la reforma agraria. Otro k'ichee' que se identificó con la revolución fue el profesor Pablo Pastor, también electo para esa constituyente.⁷ Considero que la representación unificada de la clase media k'ichee' en una época clave de la historia guatemalteca como lo es 1954 hace invisibles las voces disidentes de Augusto Sac Recancoj, Pablo Pastor, Alberto Cajas, Alejandro Cortés (único sobreviviente) y otros k'ichee's de esa clase social que sí veían una posibilidad de cambio y que, al generalizarse, se les atribuye a todos una responsabilidad que no les corresponde, especialmente cuando se afirma que “las elites urbanas k'ichee's iniciaron una campaña de intimidación y represión en contra de los campesinos indígenas que se organizaron bajo la protección de la anunciada reforma agraria” (pág. 15). No estoy en contra de reconocer la responsabilidad histórica de un sector de esta clase media en un momento crucial para Guatemala, pero sí en que no se tome en cuenta los diferentes ángulos y posturas ideológicas que componen esta clase indígena.

Otra crítica radica en que los k'ichee's de Quetzaltenango, a lo largo de su historia oral, han interpretado su nombramiento desde 1894 como jueces de Ejidos y Bosques dentro de los Concejos Municipales —lo que luego se transformó en Concejalía de Ejidos y Caminos Rurales— como la máxima muestra que ejemplifica la pérdida casi total de su poder político. En los discursos públicos y no públicos que antecedieron a la formación del Comité Cívico Xel-Jú, uno de los planteamientos principales era que los ladinos los habían relegado a la última concejalía y a la menos importante.⁸ Parte de su lucha política era rescatar los verdaderos espa-

⁷ Véase Jorge Aguilar, “El Comité Cívico Xel-Jú: origen, desarrollo social y político en el municipio de Quetzaltenango” (Tesis de maestría en Gerencia para el Desarrollo Sostenible, Universidad Autónoma de Madrid, AUM y el Instituto Chi-Pixab', Quetzaltenango, Guatemala, 1998).

⁸ Véase Ricardo Cajas, “Lógica local de participación política maya: la experiencia de Xel-Jú en Quetzaltenango, 1972–1998” (Tesis de maestría en Gerencia para el Desarrollo Sostenible, Universidad Autónoma de Madrid, AUM y el Instituto Chi-Pixab', Quetzaltenango, Guatemala, 1998).

cios de poder y salir de ese círculo en el cual habían estado condenados desde 1895 hasta la década de 1970.

Para los indígenas k'ichee's ser concejales de Ejidos y Bosques no significó que existiera una dependencia política del sector ladino hacia ellos, como lo plantea el autor:

A medida que iba creciendo la ciudad, los ladinos fueron dependiendo cada vez más de la autoridad indígena. Esta dependencia quedó explícitamente reconocida cuando, en 1895, el alcalde ladino, luego de nombrar a un grupo de k'iche's para que fungieran como jueces de los comités municipales, admitió que "las comisiones de ejidos, caminos y bosques deberían darse a diversos concejales indígenas porque son quienes mejor pueden desempeñar las funciones... sobre todo, la de verificar que no se talen o destruyan los bosques". El cargo de juez de ejidos siguió bajo control de los k'iche's hasta la década de 1960 (pág. 136).

En el peor de los casos, los ancianos y los líderes contemporáneos siempre interpretaron la Concejalía de Ejidos y Bosques como un miserable puesto de consolación ante la anulación y pérdida total de su alcaldía indígena con todo y su edificio en 1894, el cual ellos habían construido con sus propios fondos.

Por otra parte, aunque es valioso el planteamiento de Grandin que ante el rol activo de los k'ichee's quetzaltecos no hay que interpretar el nacimiento del Movimiento Maya como algo ajeno al Estado ladino fracasado sino que hay que buscar sus raíces dentro de ese proyecto de Estado, sí creo que es importante reconocer que los indígenas no han estado dentro del Estado con el mismo espacio de poder y de maniobra con que ha operado la elite ladina. En mi opinión, no hay que olvidar que ha habido una dependencia y una relación de poder claramente desigual en la que la mayoría del poder ha sido ejercida primero por españoles y criollos y posteriormente por la elite ladina. Lo que sí permite visualizar este planteamiento es la capacidad de maniobra de este sector maya que ha sabido aprovechar cualquier espacio por pequeño que parezca para actuar, negociar, transformarse y mantenerse a través de las diferentes épocas y gobiernos.

Para terminar mis críticas, quisiera referirme al último capítulo del libro que concluye con un análisis local, regional, nacional e internacional, y que pone en perspectiva las últimas décadas del conflicto armado en las que ha estado sumida Guatemala. En ese espacio, el análisis de la represión y el genocidio están en primer plano y son un puente útil para conectar el pasado con el presente, sólo que al presentarlo alternamente entre luchas locales y nacionales deja la sensación al lector de que la clase media k'ichee' sufrió el mismo nivel de represión brutal que el que sufrió la población maya rural, lo cual no ocurrió. La población k'ichee' pobre o de clase media de la ciudad escapó a un arrasamiento total, aunque no a la muerte y al desaparecimiento selectivo de sus principales líderes y dirigentes. Por mencionar

un solo caso, Augusto Sac Recancoj fue asesinado brutalmente en esa época, cuando se desempeñaba como abogado de sectores laborales.

Precisamente las diferentes experiencias de haber vivido el conflicto armado permiten que un sector k'ichee' en la actualidad sea totalmente ajeno a las luchas que buscan que se juzgue a los responsables de genocidio y de crímenes de lesa humanidad, las que son impulsadas en su mayoría por sectores de mayas rurales. Reconozco que las divisiones y los privilegios relativos de clase media también han facilitado que algunos hombres y mujeres k'ichee's participen en el Congreso de la República o al frente de la Gobernación Departamental de Quetzaltenango, apoyando frontalmente y sin ningún tipo de cuestionamiento al gobierno del genocida Efraín Ríos Montt. También otros k'ichee's se desempeñan como voceros y defensores del FRG.

Para concluir, quisiera agregar que el libro de Grandin es un aporte concreto a las luchas de los k'ichee's quetzaltecos, quienes tienen ahora en sus manos parte de su historia, que hasta hace poco se reducía a unas cajas con documentos que se desmoronaban en una vieja y húmeda oficina de la Gobernación Departamental y de la Casa de la Cultura de Quetzaltenango. El reto es que los integrantes de este sector, al cual yo también pertenezco, por doloroso que nos parezca, debemos no sólo seguir trabajando por el rescate de nuestra historia sino empezar por aceptar el rol contradictorio que la elite k'ichee' ha jugado a lo largo de la historia. La esperanza es que, al mismo tiempo que entendamos los privilegios históricos que como clase media poseemos, también podamos ir asumiendo la responsabilidad de apoyar y de unirnos a nuestros hermanos mayas pobres en su lucha por justicia y por pan.

Mi conclusión general acerca de estos dos libros es que, aunque Nelson y Grandin tienen acercamientos teóricos diferentes, ambos analizan al pueblo maya de manera parcial y sobredimensionan a la elite maya. Ninguno de los dos investigadores aborda de manera amplia las relaciones conflictivas y contradictorias entre la elite maya y las bases. Por lo tanto, el pueblo maya de Guatemala aún está a la espera de sus intelectuales orgánicos que se apresten a generar teorías realmente libertadoras.